

X

DON CARMELO ECHEGARAY Y SU OBRA
«DE MI TIERRA VASCA»

Es D. Carmelo Echegaray personalidad tan conocida y tan justamente apreciada en el mundo intelectual, que resultaría impertinente el hacer ahora su elogio.

Largos años de inteligente y afortunada labor histórica, realizada principalmente en los Archivos municipales de Guipúzcoa, le han valido el honroso título de Cronista de la Provincia, y han rodeado su nombre de tan merecido prestigio, que hoy día, dentro y fuera del hermoso solar guipuzcoano, es considerado, con justicia, como una de las personalidades más salientes y uno de los historiadores más notables de aquella rica y noble región.

Su *Ensayo histórico acerca de las Provincias Vascongadas á fines de la Edad Media*, las *Investigaciones históricas referentes á Guipúzcoa*, los *Trabajos de un Cronista*, la *Miscelánea histórica y literaria*, *Los Archivos municipales como fuentes de la historia de Guipúzcoa*, y la monografía *Villafranca de Guipúzcoa*, han contribuído poderosamente al resurgimiento de los estudios históricos en el país vasco, pero no constituyen toda la labor del ilustre cronista.

Como tantos otros escritores, D. Carmelo de Echegaray ha dejado, en múltiples Revistas, en conferencias dadas en distintos Centros y en prólogos puestos al frente de diversas obras, evidentes pruebas de su competencia, sembrando en esos trabajos numerosos datos y observaciones críticas de gran interés. Pero esos trabajos, que suelen ser, como dice el Sr. Echegaray, lo más personal del escritor, se hacen, por su misma difusión, de difícilísima consulta, resultando así poco menos que estéril no pequeña parte de la labor de aquél. Por ello, en el hecho de coleccionarlos, no debe verse exclusivamente el legítimo anhelo del autor de salvar de la muerte, que es el olvido en este caso,

á los hijos de su inteligencia, sino que en muchas ocasiones constituye un verdadero servicio prestado á la cultura.

Ese calificativo merece el hecho de que el Sr. Echegaray haya comenzado á coleccionar varios estudios sueltos, escritos sobre distintos asuntos y en diferentes épocas de su vida, conteniendo el volumen á que se refiere este Informe cinco interesantes trabajos, de los cuales tres son de carácter esencialmente histórico.

Figura en primer término el que sirvió de prólogo á la obra que, con el título de *Urdaneta y la conquista de Filipinas*, escribió el docto agustino Fray Fermín de Uncilla.

Aunque la valía de esta obra, que mereció del insigne Menéndez y Pelayo la calificación de magistral y definitiva, justificaba los mayores elogios, el prólogo del Sr. Echegaray no se limita á poner de relieve las excelencias de aquélla y los méritos del autor. Es algo más que esto, y algo más importante, porque el Cronista de Guipúzcoa aprovecha la ocasión para evidenciar, con el testimonio de escritores nacionales y extranjeros de muy diversas épocas, cómo la raza vasca sintió siempre verdadera afición á las cosas del mar, y cómo multitud del euskaldunes, impulsados unos por la sed de aventuras y obligados otros por imperiosas exigencias de la vida, se lanzaron á través del Océano y emprendieron, desde tiempos remotos, «arriesgadas expediciones náuticas que hoy ponen pavor en el ánimo que se detiene á recordarlas», llegando hasta los mares Árticos, poniéndose en relación con los habitantes de la Península escandinava y aun con los que vivían entre los hielos de la Islandia, de aquella postrera y misteriosa Thule de que habló Séneca; explorando las costas del mar Báltico, buscando el bacalao en los bancos de Terranova, luchando con el poder naval de los ingleses, estableciendo grandes factorías en Brujas, penetrando en los últimos senos del mar Negro, y llegando á tener en Azof depósitos comerciales de importancia antes de finalizar el siglo XIV

Todo esto es interesantísimo para nosotros, porque demuestra no sólo que es vano empeño de algún pueblo extranjero de hacer creer que fué el iniciador de las expediciones náuticas y el maestro de nuestros marinos en la Edad Media, sino también

que es una enorme injusticia el afirmar que los viajes marítimos no tuvieron carácter científico hasta que se lo dieron los portugueses. ¿Quién se atreverá á decir que todas esas expediciones de los vascos fueron meras aventuras, cuyo éxito fué exclusivamente hijo de la casualidad? ¿Quién no comprende que, como dice el Sr. Echegaray, ejercicio tan continuo y tan arriesgado de las condiciones marineras de toda una raza, no podía menos de constituir un aprendizaje colectivo y heroico, que de día en día preparaba á aquellos hombres para la realización de las más peligrosas expediciones náuticas; que la experiencia de cada cual se sumaba á las lecciones recibidas de los antepasados, y la práctica se encargaba de acrecentar el caudal de los conocimientos que se hacían precisos para aventurarse en medio de las olas; y que así, siendo obra de los siglos la aptitud singular de los euskaldunes para las empresas marítimas, echó aquélla tan hondas raíces en el alma vasca, que hizo surgir una pléyade de insignes marinos, entre los cuales se destaca con singular relieve la figura del Padre Andrés de Urdaneta?

Lo que éste representa en la Historia de nuestros descubrimientos y en la Historia de la ciencia náutica española, lo dejó consignado, en su magistral estudio, el P. Uncilla, estudio que, en cierto modo, se completa con las felices observaciones que apunta el Sr. Echegaray; pero el prólogo escrito por el doctor Cronista de Guipúzcoa, no sólo tiene interés por eso, sino porque, habiendo muerto el sabio agustino antes de que su obra viese la luz, el Sr. Echegaray, á quien unía una estrecha amistad con aquél, amplió su trabajo con una notable biografía del malogrado religioso.

En pocas, pero substanciosas páginas, nos presenta al padre Uncilla dotado, cuando niño, de excepcionales condiciones para el canto; renunciando, luego, al brillante porvenir que muchos le auguraban en el teatro, para vestir, en el Convento de Agustinos de La Vid, el hábito de religioso; cursando entonces los estudios de Filosofía y Teología; desempeñando el ministerio parroquial con celo apostólico, exquisita prudencia y ardiente caridad; explicando, primero, Teología y, luego, Historia eclesiástica en el

Monasterio del Escorial; siendo el primer bibliotecario en aquella santa casa, é iniciando la formación de los Índices, completados por sus sucesores; ejerciendo los cargos de Rector del Colegio de María Cristina y definidor de la nueva provincia matritense; obteniendo el título de maestro con que premió sus méritos y su ciencia el General de la Orden; siendo entusiasta paladín del canto gregoriano; escribiendo el *Compendio de Historia eclesiástica*; redactando durante varios años la «Crónica quincenal» de *La Ciudad de Dios*, y trazando, en fin, ya herido mortalmente por la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro, su libro *Urdaneta y la conquista de Filipinas*, en el cual mostró reunir todas aquellas cualidades que son propias del verdadero historiador.

Perpetuando de este modo el recuerdo «de aquel varón tan insigne como modesto», que no sólo «honró á la tierra vasca con su saber y con sus virtudes», como dice un biógrafo, sino que merece ocupar lugar distinguido entre los modernos historiadores españoles, presta el Sr. Echegaray un buen servicio á la Historia de nuestra cultura.

El segundo trabajo que contiene el volumen que motiva este informe, parece, por su título, no tener relación alguna con las tareas de nuestra Academia; pero si la Historia es algo más que un mero relato de la vida de los Reyes y de los triunfos ó los desastres militares, la conferencia del Sr. Echegaray sobre la época en que se introdujo el maíz en Guipúzcoa es un trabajo esencialmente histórico, porque en él se dan interesantes noticias acerca de la situación agrícola de esa provincia, en la cual hubo siempre gran escasez de granos, obligando esto á tratos y contratos con las regiones vecinas, que no podían menos de influir, no sólo en las relaciones entre ellas, sino en las que hubo de mantener la *Euskal-erría* con el Labord y la Bretaña, aun en los momentos en que estábamos en guerra con Francia.

Por cierto que, al discurrir acerca de quién pudiera ser aquel Gonzalo de Percaztegui, al cual atribuye el P. Larramendi la introducción del maíz en Guipúzcoa, evoca el Sr. Echegaray el recuerdo de un Martín Pérez de Percaztegui, que, en unión de

otros y en virtud de los poderes recibidos de las Juntas reunidas en el campo de Usarraga el 20 de Octubre de 1481, firmó en Londres el tratado de paz y amistad entre Guipúzcoa é Inglaterra de 9 de Marzo del año siguiente; y este hecho, ya conocido anteriormente por los trabajos de D. Pablo de Gorosábel, evidencia que en el último tercio del siglo xv, en pleno reinado de los Reyes Católicos, subsistían diversos poderes entre cuyos atributos se contaba uno tan inherente á la soberanía como el de pactar y contratar con los países extranjeros, lo cual no sólo excluye toda idea de unidad nacional, sino que demuestra que ni siquiera se había logrado establecer una verdadera confederación.

No es este tema para tratado incidentalmente, y por ello nada más he de decir, aunque brinda ocasión para múltiples consideraciones la circunstancia de que en el tercero de los trabajos que contiene el volumen de que me ocupó, y con motivo de hablar de cierta monografía inédita relativa á la Historia de Elorrio, alude el Sr. Echegaray á la sangrienta batalla librada en 1468 en los términos de dicha villa, entre los de Mujica y los de Avendaño, batalla que no fué la única que hubo que lamentar, aunque sí fué «de las más cruentas que por entonces se registraron en Vizcaya.» La autonomía de que gozaban las Provincias Vasca, podría ser prenda de libertad, pero no lo era de paz.

Dejando esto á un lado, y añadiendo únicamente que en ese trabajo se contienen curiosas noticias sobre el desarrollo y vicisitudes de Elorrio, diré que el resto del volumen no tiene ya carácter histórico, porque los dos siguientes artículos se consagran á las leyendas y narraciones literarias del navarro D. Juan de Iturralde, y á las obras del vizcaíno Trueba; pero los tres primeros artículos de que queda hecha mención son más que suficiente para que *De mi tierra vasca* tenga verdadero interés para nosotros, y nos obliga á desear que el Sr. Echegaray siga coleccionando sus trabajos, facilitando así el conocimiento de muchos y muy interesantes episodios de la Historia de las Provincias Vascongadas.

Marzo, 1918.

JERÓNIMO BÉCKER.